

EVAS EN TIEMPOS DE CHAPLIN.

Aproximación a los cambios y continuidades en el rol femenino colombiano (1913-1951)

Trabajo colectivo de los miembros de la Maestría en Historia (UIS), promoción 2004-05¹

Resumen

El artículo analiza cómo son representados los roles de género en tres revistas colombianas de la primera mitad del siglo XX: “*Labores, Tierra Nativa y Lumbre*”. La investigación se centra en tres aspectos: primero, el artículo aborda los roles de género que proponen dichas publicaciones; segundo, la relación entre los roles de género y el contexto político y socioeconómico de Colombia; tercero, las funciones, valores y estereotipos que se asignaron a cada sexo y su reflejo en la publicidad de la época. En conclusión, la investigación propone una aproximación a la influencia que el proceso de construcción del Estado-nación ejerció en la configuración de los roles de género.

Palabras Clave: Género, prensa, Estado-nación, nacionalcatolicismo, publicidad.

¹ Francely Arciniegas Castellanos, Diego Francisco Calderón, Yoer Javier Castaño Pareja, Felipe GraciaPérez, Claudia Soraya Jaimes Camacho, Yany Lizeth León, Carmen Alicia Mestizo, Edwin Monsalvo Mendoza, Loida Niño Franco, Raúl David Rangel, Ángel Rinaldy Martínez, Rodrigo Romero Moreno.

**Evas in times of Chaplin.
Approach to the changes and continuities in the role of women in Colombia (1913-1951)**

Trabajo colectivo de los miembros de la Maestría en Historia (UIS), promoción 2004-05²

Abstract

The article analyzes how gender roles are symbolized in three Colombian reviews issued in the first half of the 20th century: *Labores*, *Tierra Nativa* y *Lumbre*. The research is focused on three aspects. Firstly, the article tackles the gender roles proposed by the reviews mentioned. Secondly, authors inspect the relationship between gender roles and the contemporary's Colombian political and economic context. Thirdly, are examined the functions, values and stereotypes assigned to both sexes in those days advertising. In conclusion, the research is a first approach to the Colombian nation-state building's influence on the gender roles configuration.

Keywords: Gender, Press, Nation-State, National-Catholicism, Advertising.

² Francely Arciniegas Castellanos, Diego Francisco Calderón, Yoer Javier Castaño Pareja, Felipe GraciaPérez, Claudia Soraya Jaimes Camacho, Yany Lizeth León, Carmen Alicia Mestizo, Edwin Monsalvo Mendoza, Loida Niño Franco, Raúl David Rangel, Ángel Rinaldy Martínez, Rodrigo Romero Moreno.

Evas en tiempos de Chaplin.
Aproximación a los cambios y continuidades en el rol femenino colombiano (1913-1951)

Trabajo colectivo de los miembros de la Maestría en Historia (UIS), promoción 2004-05

Presentación: Las revistas objeto de nuestra mirada

El objeto de nuestra investigación es analizar el rol femenino presentado por las revistas *Labores*, *Tierra Nativa* y *Lumbre*. Se trata de publicaciones dirigidas al público femenino y el ámbito familiar, editadas en diferentes décadas de la primera mitad del siglo XX. Mediante su análisis pretendemos mostrar los diversos estereotipos y modelos que se construyeron alrededor de la cuestión de género, en especial aquellos que revelan la preponderancia de la mentalidad católica ultramontana imperante en la época. De este modo, en la revista bumanguesa *Labores*, la más antigua de todas ellas, se recalca el papel de la mujer como guardiana y ángel del hogar, un sujeto subordinado y ligado inexorablemente desde su niñez hasta su muerte al espacio doméstico: primero bajo la tutela de sus padres, después bajo la custodia de su cónyuge. Ésta concepción es compartida por su coterránea *Tierra Nativa* y por la revista cartagenera *Lumbres*, una publicación de los convulsivos años cuarenta que presenta un modelo de mujer donde se incluye también su nuevo papel como obrera y trabajadora, aunque no llega a desligarla de su determinante papel tradicional: ser madre, esposa y ama de casa ejemplar.

Por lo tanto, con base en estas tres publicaciones seriadas nos fue posible realizar una aproximación tentativa a la concepción ideal de la mujer –y en cierta medida del hombre– que se construyó durante la primera mitad de esa centuria. Una cronología signada a nivel sociopolítico por la hegemonía conservadora (1886-1930) y las reformas modernizadoras del ejecutivo liberal de Alfonso López Pumarejo (1934-38), especialmente en educación,

agricultura y el ingreso de la mujer a la instrucción superior; el auge del proceso de industrialización desigual entre diferentes regiones del país y el predominio de la Iglesia católica en las esferas pública y privada.

La revista *Labores* fue publicada en Bucaramanga durante las dos primeras décadas del siglo XX. Su impresión se efectuó en los talleres de la imprenta *La Cabaña*, propiedad de la familia Uribe Ordóñez. Los primeros cien números de la revista aparecieron en entregas quincenales con una extensión promedio de cuatro páginas. Con el tiempo, la publicación pasó a ser semanal con una extensión de doce páginas. Por carencias en su conservación archivística, ya que los números 101 a 146 no se encuentran en el archivo consultado, no pudimos establecer a partir de qué edición comenzó a circular semanalmente. Sólo podemos señalar que el número 147 editado el 15 de octubre de 1922 ya aparece con esa periodicidad.

En el número 1, fechado el 15 de febrero de 1913, se manifiesta que la revista está dirigida a *todos los miembros de los hogares santandereanos*. Sin embargo, el escaso grado de alfabetización de la época nos lleva a pensar que sólo se difundía entre los sectores medios y altos. En el primer número de la revista, los editores exponen cuáles son sus objetivos prioritarios: la conservación y enaltecimiento de los valores tradicionales en una sociedad de costumbres conservadoras.

Como anhelamos que esta publicación pueda ir a todos los hogares, pondremos especial cuidado en la escogencia de los materiales, para llevar a esos santuarios, no el fango del camino, sino las flores blancas de la cordialidad y la decencia (Labores, n° 1: 1).

Los artículos que aparecen normalmente en la revista giran en torno a la preservación de valores morales en la sociedad de la época. En sus columnas, esta revista publicaba artículos de consejos útiles dirigidos a las madres y amas de casa, en provecho de un mejor desempeño en la crianza de los niños y en los oficios domésticos. Ella incluye secciones de chistes, cuentos, poesía, noticias locales e internacionales, artículos en contra del alcoholismo y consejos para la educación de los hijos.

La revista *Tierra Nativa* se editó por primera vez en Bucaramanga el 26 de diciembre de 1926. Su director fue J. M. Salazar Álvarez, santandereano y militante del Partido Conservador. Los editores propietarios fueron Uribe & Hermano, dueños también de la casa

editorial *La Cabaña* en cuyos talleres se imprimía la revista. Esta aparecía todos los sábados, para un total de 48 números al año con 2 ediciones extraordinarias de julio y diciembre. Las ediciones ordinarias tenían 16 páginas dedicadas propiamente a los artículos, algunos de los cuales eran acompañados por fotografías alusivas al texto o a su autor. Así mismo, estas ediciones tenían 8 páginas dedicadas a publicidad y algunas notas humorísticas, distribuidas la mitad al comienzo de la revista y la otra mitad al final. Las ediciones extraordinarias, según la promoción que hacía la propia revista, tenían un total de 100 páginas cada una, pero el dato es inexacto ya que en realidad las ediciones constaban de 40 páginas de artículos y 16 de publicidad. El costo anual para los lectores era de \$4 al año con derecho a las dos ediciones extraordinarias. Esta investigación se realizó con base en 149 números de la revista coleccionados en los 6 volúmenes disponibles en el Centro de Documentación e Investigación Histórica Regional de la Universidad Industrial de Santander, que abarca los años de 1927 a 1931. En otras palabras la investigación abarca un porcentaje del 62% del total de ediciones que se imprimieron en esos años.

Tierra Nativa no es una revista específicamente masculina o femenina, se trata por el contrario de un texto dirigido a todo público adulto sin diferencia de sexo. En ella se pueden encontrar artículos de temática nacional e internacional escritos para ambos sexos, comentarios políticos que tratan de desmarcarse de las tensiones partidistas, notas de humor y especialmente información cultural. Aun cuando la revista se desmarca de *la política*, ofrece una marcada línea sobre *lo político* (Rosanvallon, 2003: 15-20). Su visión es decididamente nacionalista, en sus artículos se exalta a los *Padres de la Patria*, la geografía del país y el amor a lo propio, incitando a no *extranjerizarse* y a apoyar la industria nacional. Pero esta visión nacionalista también se mezcla con un regionalismo que exalta la raza santandereana y la conciencia católica, dándosele un amplio espacio a las organizaciones como *El Cristianismo en Acción* o la *Legión de María*, entre otras. Al mismo tiempo se muestra en la revista un intento de cosmopolitismo ya que en sus columnas algunos viajeros nacionales describen sus experiencias en ciudades de América o Europa. Igualmente, este intento de darle una visión cosmopolita, y de paso ampliar el público más allá de las fronteras de Santander o de Colombia, se expresa en la gran cantidad de colaboradores extranjeros que enviaban sus artículos, poemas, novelas, cuentos o análisis políticos sobre la situación internacional. Así por ejemplo, en los números 131, 143 y 145 aparecen

enunciados hasta 123 corresponsales y colaboradores extranjeros, lo cual sugiere que anualmente escribían para la revista un promedio de 40 corresponsales de diferentes partes del mundo. Como no se dispone de la colección completa sólo se logró recoger información sobre 43 de ellos, es decir el 37.4%. De estas 43 personas, 34 son mujeres (74%) y 12 son hombres (26%). Estos 12 hombres que aparecen en el listado son de nacionalidad venezolana y no se tiene información sobre su actividad en dicho país. La información sobre el perfil que se tiene de las mujeres se detalla en las tablas I, II y III. Como se observa en la tabla I, la mayoría de las corresponsales extranjeras son de nacionalidad argentina, seguida por las centroamericanas (Panamá, Puerto Rico, México, Guatemala, Honduras y Nicaragua), una estadounidense y algunas europeas (Portugal, España y Francia). En la tabla II se muestra que la mayoría de las corresponsales de quienes se tiene información son casadas.

Tabla I. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*. Nacionalidad

País	No.	%
Argentina	8	23.5
Uruguay	3	8.8
Venezuela	1	2.9
Centroamérica	6	17.6
USA	4	11.8
Europa	4	11.8
Brasil	2	5.9
Perú	3	8.8
Bolivia	1	2.9
Chile	1	2.9
Ecuador	1	2.9
Total	34	100

Tierra Nativa, 1929, nº 131, 143 y 145

Tabla II. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*. Estado civil

Estado civil	No.	%
Casadas	12	35.3
Solteras	7	20.6
Sin información	15	44.1
Total	34	100

Tierra Nativa, 1929, nº 131, 143 y 145

El análisis muestra que estas corresponsales son en gran parte miembros de organizaciones femeninas o trabajan en medios de comunicación escrita, ya sea en sus países, como redactoras de revistas dedicadas a la mujer o en otro tipo de revistas y periódicos. Aunque en la lista referenciada por la revista no está especificado, también se encuentran entre las corresponsales algunas poetisas como por ejemplo Juana de Ibarbourou.

Tabla III. Corresponsales extranjeras de la revista *Tierra Nativa*. Sectores de actividad

Sector	No.	%
Organizaciones femeninas	7	20.6
Revistas femeninas	3	8.8
Otras revistas	3	8.8
Enseñanza universitaria	3	8.8
Burocracia	1	2.9
Prensa escrita	2	5.9
Sin información	15	44.1
Total	34	100.0

Tierra Nativa, 1929, nº 131, 143 y 145

Finalmente, precisemos algunas características de la tercera revista. La revista *Lumbre* se editó durante 3 años que transcurren entre finales del período presidencial de Ospina Pérez y el gobierno de Laureano Gómez. Fue conservadora por filiación política y por la ideología que impulsaba proponiendo un modelo femenino que aceptaba las nuevas realidades económicas del país, pero que conservaba el tradicionalismo en la asignación de roles. Estaba dirigida por la cartagenera María Guerrero Palacio y gerenciada administrativamente por Olga R. de Angulo. El consejo de redacción estaba compuesto por Emma Villa de Escallón y Maruja de León de Luna Ospina. *Lumbre* fue presentada por sus editoras como una revista femenina. Sus contenidos hacían referencia a la situación de la mujer:

Esta revista es tuya. Concebida por ti. Realizada por ti. [...] Y si tus [sic] páginas no responden a nuestra exigencia, no te desalientes, tendrás nuestro consejo y nuestro estímulo. Irá a buscarte a la ciudad populosa y a la vereda humilde. Donde quiera que tu inteligencia irradie la luz de una verdad, y que tus manos milagrosas de mujer y artista, vayan disipando tinieblas y sembrando esperanzas [...] Ira a buscarte, no para intelectualizarte, como sarcásticamente te dirá tu compañero, sino para decirle a él, y a todas, que en la mujer la fuente de inteligencia tiene cauce común en la fuente de su ternura. (Lumbre, nº 1, marzo 1949: 3)

Lumbre nació en Cartagena en el mes de marzo de 1949. En el registro de la revista hallamos un número de 28 ediciones hasta el año de 1951. Los artículos fueron escritos exclusivamente por mujeres, su temática principal se centró en el deber ser social de la mujer y en el debate sobre las diferentes corrientes de pensamiento feminista. La revista fue una de las pioneras en el campo de la divulgación de las ideas concernientes a la libertad al derecho al trabajo, haciendo hincapié en el reconocimiento a todas las mujeres colombianas que lucharon o sobresalieron en profesiones liberales y nuevos empleos antes reservados al sexo masculino; comentando, además, los logros femeninos a nivel nacional e internacional en Literatura. En síntesis, con ligeros matices diferenciales, las tres revistas propugnaban un modelo de mujer conservador y tradicionalista.

Colombia en la primera mitad del siglo XX

De 1900 a 1951 Colombia se halla inmersa en una etapa de transición, esa es la lectura básica que sirve de contexto al trabajo de investigación de las revistas *Lumbre*, *Labores* y *Tierra Nativa*. Son muchas las miradas posibles a un periodo tan extenso de la historia del país, pero sin duda una de las principales es que la sociedad colombiana en la primera mitad del siglo XX se aleja de lo rural para comenzar a asentarse en lo urbano. Desde las revistas somos testigos de ese proceso de modernización, desde las odas a la tecnificación hasta el miedo a la pérdida de la integridad moral. En este contexto resulta muy sugerente el análisis de los roles de género que se definen en las tres revistas, en relación directa con el tipo de Estado-nación que las élites están construyendo. No hay que olvidar que son revistas diseñadas por la elite para la elite, por unas limitaciones que hoy pueden parecernos absurdas pero que en aquellos años determinaban la inclusión a un determinado estrato social: saber leer, que en la época prácticamente definía la pertenencia a una elite alfabetizada, en contraposición a las ‘clases bajas’ analfabetas, y el precio, ya que el consumo de ocio estaba restringido a las ‘clases altas’. Las tres revistas son un reflejo escrito de la mentalidad de la elite colombiana en una coyuntura tan decisiva y compleja como la primera mitad del siglo XX.

Durante esos cincuenta años Colombia fue cada vez menos un país rural, y cada vez más un país urbano, aun cuando la primacía del ámbito urbano sobre el rural sólo se produjo en forma más definitiva en la segunda mitad del XX. Por eso denominamos a este período como una etapa de transición donde se observa cómo en estas décadas las estructuras del orden social tradicional van cediendo terreno ante una nueva conformación socioeconómica. Bajo la dinámica de enfrentamiento partidista que domina el espectro político de todo el período, late una contradicción que los políticos supieron señalar pero no solucionar; esa contradicción se resume en *lograr una modernización sin modernidad*, o como expone Marco Palacios:

Colombia enfrentaba el dilema de “ser o no ser industrial”. La nueva sociedad debería forjarse sobre una alianza de ciencias naturales, iniciativa privada y caridad. Es decir, que el nuevo orden estaría en la intersección de dos coordenadas: la estrella

polar [así definió Suárez a Estados Unidos] y las doctrinas sociales pontificias del Rerum Novarum. En suma, había que adueñarse de la tecnología y los instrumentos del capitalismo, sin afectar el alma católica y campesina de una Colombia que los conservadores y la Iglesia temían perder. Esta receta de catolicismo social y progreso yanqui, daría su sello al conservatismo modernista por el resto del siglo. (Palacios, 1995: 101)

Esa tensión estuvo presente durante todo el período. La guerra de los mil días (1899-1902) y la pérdida de Panamá (1903) fueron los desastres nacionales que iniciaron el siglo XX en Colombia y significaron un cambio de orientación en la política nacional. La hegemonía conservadora se abrogó el poder durante treinta años más de manera indiscutible y el liberalismo aprendió que el acceso al poder por la vía armada era inviable y desde entonces optó por la vía electoral. Las reglas del juego político cambiaron porque el país estaba cambiando. Mientras que el conservatismo intentaba la modernización del país en alianza con la Iglesia encargada de salvaguardar los valores tradicionales de los peligros del desarrollo industrial, el liberalismo modificaba su discurso político para aproximarse a las masas trabajadoras:

En 1922 Benjamín Herrera definió a las clases populares como “la base misma del liberalismo, la sangre de su sangre y en nuestra patria se hallan ellas en un estado de inferioridad manifiesta y apenas de nombre se conocen reformas e instituciones que en pueblos más afortunados son ya realidades que dan al obrero garantías efectivas. (Palacios, 1995: 122)

La consolidación de la economía capitalista supuso un avance en el proyecto modernizador del país y la aparición de nuevos actores sociales en la escena política del país que escapaban al ordenamiento hacendario. La bonanza cafetera, junto con el auge de la producción petrolera, del banano y la ganadería, ofreció los recursos necesarios para iniciar un significativo avance en el desarrollo de las infraestructuras del país, sobre todo en obras públicas y ferrocarriles. A la vez se aceleró el proceso de urbanización, no tanto en lo referente a la creación de nuevos municipios, como en el aumento de la población y la densificación de los ya existentes. El proletariado, con gran influencia de la herencia del movimiento artesanal, así como las primeras asociaciones campesinas, creció a la par de este desarrollo. Durante la década de los veinte, bajo la influencia de la Revolución Soviética, la masa proletaria, urbana y campesina vivió sus años de mayor efervescencia y agitación social, que tuvo su cenit en la Masacre de las Bananeras. Tomaron la palabra y la

acción exigiendo mejoras laborales, reformas políticas y sociales. La movilización social se tradujo en un inminente peligro para las clases altas y para el clero.

El papel que jugó el clero durante todo el período fue decisivo para el discurrir de la vida política y, sobre todo, para grabar en la mentalidad colectiva del país un modelo tradicional y reaccionario. Bajo los gobiernos Conservadores, la Iglesia se consolidó como la institución vigilante del orden social y la creadora de una ética católica que alcanzaba a todos los sectores de la población mediante el adoctrinamiento en las iglesias y escuelas. Pero desde finales del siglo XIX, el ideario socialista desarrollado por Marx y Engels le restaba a la Iglesia alguna influencia entre las masas trabajadoras, *Roma buscó respuestas que posibilitaran la recristianización de la sociedad y permitieran enfrentar el avance del socialismo y la consolidación del liberalismo [...] la encíclica Rerum Novarum (1891, de León XIII) condensa la orientación que debía informar la acción de la Iglesia universal frente a los proyectos impulsados por los liberales y los socialistas* (Cifuentes Traslaviña y Florián Navas, En: Bidegain, 2004: 321). También desde las filas católicas, desde finales del XIX y de la mano de autores como Jaime Balmes y Von Ketteler, se desarrolló la doctrina de la *Acción Social Católica* como herramienta para atraer a las masas populares a la Iglesia. Al reclamo del sentido cristiano de caridad, se pretendía que los sectores pudientes asistieran a los más desfavorecidos para disminuir así las carencias materiales y eliminar las tensiones de clase. Según Ana María Bidegain:

La Acción Católica fue “un instrumento novedoso” organizado por la institución eclesiástica para reconquistar su poder perdido tanto en el nivel político como en el sociocultural, ante el avance del capitalismo, la Revolución Industrial y las ideas liberales. Intentó ser una forma de organización “moderna” como un partido político, pero bajo la dirección estricta de la jerarquía eclesiástica, buscando recatolizar la sociedad (Bidegain, 2004: 325).

La nueva cruzada eclesial se enfrentó en las ciudades, los nuevos espacios de participación política que acompañaban a la industria, al relajamiento de las costumbres con una intensa campaña moralizadora:

Por no sé qué tremenda anomalía, la civilización y la moralidad, las cuales debían caminar de la mano, se encuentran en abierto antagonismo [...] Las tendencias modernas están destruyendo en nuestros jóvenes [...] hasta los más insignificantes principios de decoro y de respeto propio [...] Y los jóvenes, ¡ay! los jóvenes son las

que más han sido afectadas por esa enfermedad corrosiva que destruye terriblemente el organismo moral. La joven ha perdido ya todo su concepto de delicadeza y pudor. No es ya aquella virgen recatada, casta y pudorosa por quién los jóvenes sentían tal veneración que se inclinaban reverentes a sus plantas. No, las doncellas modernas, por su propia voluntad, se han convertido en juguetes del hombre. (Labores, “Tendencias perniciosas actuales”, n° 367, 27 marzo 1926: 9)

Con la llegada al poder de los Liberales y el inicio de la llamada Hegemonía Liberal, la institución eclesiástica pasó de defender la moral tradicional de la sociedad colombiana y a atacar el ideario liberal que amenazaba sus intereses. Las reformas liberales de López Pumarejo que lesionaban gravemente su base de poder tradicional al separar las relaciones entre Iglesia y Estado y quitarle a la primera el control sobre la educación, produjeron la reactivación de la retórica decimonónica que mostraba a los liberales como ateos, herejes y pecadores. Una vez más, Colombia se encaminó por la espiral del enfrentamiento partidista con las admoniciones de la Iglesia atizando *La Violencia*. Esta nueva guerra civil que dejó un saldo de 200.000 muertos y una huella atroz en el imaginario colombiano, respondió a los cánones de los enfrentamientos partidistas del XIX. En última instancia, lo que estaba en juego era una manera de entender cuál era el *ser* de Colombia. Mientras que los Liberales propugnaban un modelo de Estado-nación laico, los Conservadores unidos al clero sostenían un Estado-nación basado en el nacional-catolicismo. El nacional-catolicismo implicaba una doctrina ideológica en la cual el individuo era definido como ciudadano a través de la religión, o de otro modo, la religión era el atributo de la nacionalidad: es decir, se era colombiano en la medida que se fuese católico. Si se desafiaba a la Iglesia, se estaba desafiando a la Patria, si se atacaba a la Patria se estaba atacando a la Iglesia. Este entramado ideológico cultural permitió mantener a la masa de la población sometida a los dictados de la élite de poder tradicional, puesto que cualquier tipo de reivindicación se tradujo como un desafuero a los valores sagrados que constituyen la nación y no como un reclamo de reformas justificadas. El cenit del enfrentamiento entre los Conservadores aliados con la Iglesia y los Liberales, se produjo durante el mandato de Laureano Gómez:

Bajo su presidencia restableció la educación católica, acabó con la educación mixta, suprimió la Escuela Normal Superior [propuesta liberal] y le dio el control de la educación pública a la institución eclesiástica. Su principal propuesta político-religiosa fue crear un Estado Corporativo [planteamiento expresado en la frustrada reforma constitucional de 1952], y para ello se valió de la ayuda del jesuita Félix Restrepo, ya que ambos compartían, desde los años treinta, su admiración por esa

forma de gobierno. Este pensamiento tuvo como propósito impedir el fortalecimiento en el país de ideas liberales, comunistas, o de expresiones sociales como el sindicalismo no confesional, el movimiento gaitanista o el campesino. Ideas que respondían, además, al momento político en el cual los sectores más tradicionales de la sociedad colombiana buscaban cerrar espacios a la concepción laica del Estado y de la sociedad. (Cifuentes Traslaviña y Florián Navas, En: Bidegain, 2004: 386-387)

En este punto es interesante resaltar que el deseo de un Estado corporativo de Laureano Gómez responde al intento de cerrar el conflicto social abierto por la modernización del país, el impulso urbanizador e industrial y la aparición de nuevos actores sociales en la escena política reclamando representatividad política y derechos sociales. Pero también a una constante de la historia del país, la búsqueda de modelos foráneos que iluminaran y sirvieran de referente en el proceso de construcción nacional. Si en el siglo XIX las naciones europeas habían sido el paradigma a alcanzar como muestra Frédéric Martínez en *El nacionalismo cosmopolita*, en el XX, además de la *civilización europea* fueron los Estados Unidos el modelo a seguir. En este aspecto es destacado el protagonismo que tras la Primera Guerra Mundial adquirieron las misiones técnicas extranjeras que en nombre de la *razón*, el *interés público* y la racionalidad técnica, fueron contratadas dentro de los proyectos modernizadores del Estado, la infraestructura física y las instituciones financieras. Pero a la vez, para los sectores más reaccionarios era claro que la modernización del país estaba socavando las bases católicas y tradicionales de la sociedad y buscaron modelos políticos que hubieran solucionado esa contradicción entre tecnificación y moral conservadora. Uno de los paradigmas fue la España franquista que, con el *glorioso alzamiento* y su *cruzada* había logrado extirpar del ser inmemorial católico español a la *antiespaña*, a la *calaña roja*, apelativos en los que cabían desde profesionales liberales a sindicalistas, pasando por maestros, campesinos y trabajadores pertenecientes a los movimientos políticos de izquierda. El clero y los conservadores no escatimaron elogios para el régimen dictatorial de corte fascista impuesto por Franco en España por la vía armada, el terror y la represión, aniquilando cualquier foco de modernidad que amenazara los privilegios de las elites tradicionales y que desvirtuara a la España inmemorial basada en la fe y la espada.

Todas estas influencias, debates y tensiones están presentes en las páginas de las tres revistas analizadas. A través de sus páginas podemos rastrear las que para nosotros son las cuatro líneas problemáticas de todo el período y que sirven como telón de fondo a nuestra

investigación: Colombia estaba inmersa en un proceso de transición entre el ámbito rural y el urbano, las masas adquirieron un carácter protagónico en la escena política del país, la modernización supuso un desafío al proyecto de construcción nacional basado en el nacional catolicismo, los modelos foráneos influyeron en los discursos y prácticas de la elite tradicional para hallar una salida a la contradicción de *modernización sin modernidad* sin que esto supusiera una merma de sus intereses e influencia. En *Lumbre, Labores y Tierra Nativa* se plantearon soluciones a las tensiones que atravesaba el país, y todas pasaban por la construcción de unos determinados roles de género que habían de servir a la Patria y la Sociedad. Podemos adelantar que su propuesta no era un nuevo tipo de hombre y mujer, sino una adaptación de los códigos morales jerarquizantes, católicos y reaccionarios que supieran asimilar las ventajas de la tecnificación y empaparan todo el desarrollo industrial y urbano que vivía el país para construir una nación moderna en la que siguiera vigente una mentalidad propia del Antiguo Régimen.

Los estereotipos de feminidad en las tres revistas

1. Un estereotipo ideal: hija dócil, esposa abnegada, madre ejemplar

La mujer que no sepa cuanto carbón consume la cocina, ha de prepararse para una vida de suplicio y de intranquilidad dentro del matrimonio. (Labores, nº 459, 19 enero 1928: 1)

En Bucaramanga, durante las primeras tres décadas del siglo XX, se defendía con frenesí entre los medios impresos de comunicación que, desde la infancia, las mujeres debían ser educadas para que se sacrificaran: en primer lugar por sus padres, luego por sus maridos y sus hijos. Debían ser instruidas desde corta edad para que no pudieran concebirse como individuos autónomos, sino como sujetos subordinados al servicio de los demás. La excelente hija, esposa o madre olvidaba su individualidad, su bienestar, autonomía y realización personal, a favor de sus padres, sus hermanos, su esposo o sus hijos. Dicha entrega debía ser incondicional y total. Las mujeres debían ser criadas para convertirse en *valerosas mártires del hogar* que no debían esperar por sus sacrificios ninguna recompensa,

ningún triunfo, ningún éxito salvo la felicidad de la familia y la redención eterna prometida para los católicos. Para llevar las cargas del hogar sólo les bastaba el *valor para sufrir como cristianas* y, por consiguiente, resultaba innecesario que llevaran a cabo una carrera *de áridos y montañosos estudios* (*Labores*, nº 45, 8 marzo 1915: 2). Así que, tal como lo disponía el dogma cristiano, las mujeres casadas debían estar sujetas y sometidas a sus maridos en todo momento y circunstancia (*Efesios*, 5, 24).

De modo que las damas debían formarse para que mantuvieran un bajo perfil, una actitud silenciosa y de recogimiento, de humillación constante, pues la gloria y las ovaciones sólo estaban reservadas para los varones. En consecuencia, al igual que las monjas, las damas debían renunciar de manera ascética al mundo, a sus placeres y distracciones para purificarse, no en el interior de un convento, sino en la intimidad del ámbito familiar.

La mujer grande es la mujer modesta y consagrada a sus deberes religiosos y sociales; la hija obediente y sumisa a sus padres; la joven que vive con entereza cristiana sin permitir que el halito abrasador del mundo marchite la flor de su virtud; la esposa que sólo vive para el ser con el que comparte dichas y pesares; la madre tierna y solícita en la crianza; la viuda que consagra su amor a Dios y al prójimo; la religiosa que consagra su vida a los semejante y la monja que lo hace a Dios. (*Labores*, nº 363, 27 febrero 1926: 3)

En palabras de la historiadora Catalina Reyes, esta *angelización* de la mujer le permitía ocupar el trono del hogar a cambio de practicar virtudes como la castidad, la abnegación, la sumisión, el espíritu de sacrificio, la negación de sus deseos y, aún, de su propio cuerpo. Actitudes consideradas tradicionalmente femeninas en algunos sectores, como la vanidad, la coquetería y el interés por la moda, fueron duramente criticados, pues no se conciliaban con el ideal ascético de mujer casta, cuya principal misión era no sólo su salvación, sino también la de su esposo y sus hijos. (Reyes, 1996: 63)

La mujer sólo obtenía dignidad siendo madre, ama de casa y esposa ejemplar que sobrevivía bajo la sombra de un varón que, a partir del vínculo indisoluble del matrimonio, se convertía en el *faro de su destino*, en el *guía, protector, escudo y amigo fiel y fuerte* (*Labores*, nº 68. 25 marzo 1916). En palabras de Inocencia García, *el prestigio de la mujer debía cifrarse en valer para cosas insignificantes en apariencia pero que son el eje en que descansa el edificio de la dicha doméstica* (*Labores*, nº 45, 8 marzo 1915: 2). Durante la

niñez, las hijas debían recibir una educación que les permitiera desarrollar las siguientes cualidades, sin las cuales no podrían convertirse en excelentes madres, en custodias del hogar, y ejercer el *angélico ministerio* que la sociedad les tenía reservado:

Dadme hijas sumisas, y dóciles, afectuosas, piadosas y caritativas. Dadme niñas capaces de sacrificarse por cuidar y atender a sus padres, por evitarles un disgusto, una pena. Dadme niñas recatadas, modestas, pudentes, temerosas de Dios y útiles a su familia y al prójimo.

Madres, educad a vuestras hijas de manera que lleguen a ser el ángel de vuestro hogar cuando solteras, esposas abnegadas y madres cuidadosas después. Enseñad a vuestras hijas desde la más temprana edad a respetar a la ancianidad, a cuidar a los enfermos, a agradecer los beneficios y sobretodo, enseñadles a amar a Dios y a invocarle en todas las necesidades. (Labores, nº 313, 14 marzo 1925: 9)

La madre era considerada el arquetipo supremo al que debían aspirar todas las criaturas del sexo femenino. Era mostrada como la sacerdotisa del hogar, la guardiana de la casa, la protectora del marido y de los hijos. Se debía caracterizar no sólo por su modestia, castidad, caridad, cariño y su gran capacidad para sufrir en silencio, sino para callar y hacer caso omiso de las debilidades y errores de su marido. Así que este estereotipo femenino se acoplaba perfectamente a ese modelo de mujer virtuosa ensalzada constantemente por la mentalidad católica, de la cual se hacen constantes alusiones en el Nuevo Testamento, pues no sólo debía aplicar sus manos para utilizar la rueca y el huso, sino para ponerlas en servicio del pobre y del menesteroso (*Proverbios* 31, 10 – 22).

Tal tipo de dama era la responsable de la crianza de su prole, y por ende, en ella recaía la culpa si estos, ya en la adultez, se convertían en delincuentes y elementos anómalos de la sociedad. A la madre, por tanto, la patria le confiaba la procreación y formación del carácter de unas criaturas que, al convertirse en ciudadanos, se debían caracterizar por sus cristianos cimientos y su temperancia. Estos valores se debían inculcar en los niños para que cuando llegaran a la adultez no abdicaran ante la embriaguez y evitaran asistir al garito y la taberna, lugares en donde abundaba el licor y se fraguaban *los proyectos que favorecen la corrupción cívica* (*Labores*, nº 312, 7 marzo 1925: 1). De modo que la madre, como guardiana del hogar, debía estar vigilante para evitar la entrada del flagelo del alcoholismo y de otros vicios al recinto sagrado del hogar. Flagelo que era comparado con una bestia feroz

que no dudaba en devorar tanto al obrero, como al burgués, que corrompía la familia, degradaba la raza y precipitaba a la patria en un abismo.

Los únicos conocimientos que debían adquirir las mujeres eran los de los oficios domésticos, la higiene y el evangelio. Las ciencias les estaban vedadas, pues era un campo exclusivo para los hombres, al igual que estaban reservadas para el sexo masculino el resto de las grandes cuestiones sociales, verter sangre en la guerra, dictar cátedras y ejercer otros elevados menesteres. Sólo éstos podían realizar hazañas heroicas pues, en oposición a las mujeres, estos eran racionales y cerebrales, pensaban y aspiraban a la gloria. Las mujeres, por el contrario, se guiaban por los designios del corazón y del amor, más que pensar y razonar, soñaban. En vez de ennoblecerse a través del heroísmo, se hacían sublimes a través de las tribulaciones y las penas que continuamente debían padecer a fin de sacar adelante a su familia (*Labores*, nº 22, 2 marzo 1914: 2). De manera que la preparación intelectual de la mujer era considerada como algo innecesario, que incluso podía ser nociva, si no era bien dosificada. La acción de las mujeres debía restringirse al espacio privado del hogar, su virtud debía desarrollarse entre las paredes solitarias del mundo doméstico. Era en este recinto donde adquirirían grandeza y no en la esfera pública o profesional. Así pues, el reino donde las mujeres ejercían soberanía existía *de puertas para adentro*, donde debía resignarse a *coser, a zurcir, a planchar, a enseñar a la cocinera a condimentar un plato y a limpiar la casa* (*Labores*, nº 45, 8 marzo 1915: 2).

De esta forma, cuanto más ignorante era la mujer, más idónea era para el varón, pues no le generaba problemas y mayor era su mansedumbre y dependencia. Cesar Cascabel, articulista de esta revista, expresaba en un tono sarcástico que una buena mujer no debía *haber leído a Bergson ni a Emerson*, y que debía tener la suficiente fuerza de voluntad como para permanecer callada *siquiera un cuarto de hora* (*Labores*, nº 313, 14 marzo 1925: 10). En esa misma línea se expresaba la Condesa de Noailles, cuyas palabras también eran recogidas por la revista:

Quédense para el sexo fuerte las que producen acciones heroicas que se esculpen en bronces y en mármoles [...] Así nosotras, tanto más que relevantes cualidades, mucho más que la ciencia o la grave instrucción del espíritu, necesitamos rodearnos de las pequeñas flores del evangelio (*Labores*, nº 306, 24 enero 1925:6)

La Virgen María y algunas matronas griegas y romanas como Cornelia, hija del famoso Scipión y madre de los célebres Tiberio y Cayo Greco, se establecieron como los modelos a seguir por parte de las mujeres bumanguesas, pues en vida habían sido hijas excepcionales, madres ejemplares y esposas sumisas, que dieron al mundo hombres importantes para el bienestar de la humanidad entera³. También habían poseído algunos de las cualidades o características morales que debían inculcarse en las damas santandereanas: castidad, caridad, piedad, modestia, sencillez, fidelidad, sumisión, docilidad, pudor, recato, orden, naturalidad y nobleza. A la par, habían carecido de los principales defectos femeninos, tales como la coquetería, la vanidad, la hipocresía, el egoísmo y la afición por las murmuraciones, los chismes y la falsa adulación. Además no les había faltado otra característica femenina: la propensión a llorar y derramar lágrimas ante las desventuras o el dolor, lo cual dignificaba a la mujer y la volvía excelsa frente a la mirada del varón. (*Labores*, nº 303, 3 enero 1925: 3)

2. Un estereotipo negativo: la *Lulú*, *mujer garçon*, *muñeca del amor* o *femme fatale*

Con estos apelativos se designaba a aquel tipo de mujer que era dueña de su cuerpo, amaba la libertad, no aceptaba la dominación masculina y poseía atributos físicos e intelectuales que atraían a los hombres, a quienes manipulaba y destrozaba sentimentalmente. Este estereotipo de mujer se oponía a las citadas anteriormente por su falta de abnegación y mansedumbre frente al varón. Contra ellas se escribían artículos en los cuales se advertía sobre su peligrosidad para la virilidad masculina e incapacidad para asumir las tareas domésticas, dado que tendían a ser perezosas y holgazanas pues en sus casas habían sido muy mimadas y consentidas. Habían sido criadas para sobresalir en lujo, elegancia y belleza, no para convertirse en dóciles amas de casa:

[...] se deja que las niñas de las familias acomodadas crezcan entre lujos, sedas, joyas, perfumes, lejos de todo lo que sirve para formarlas como amas de casa. ¿Y que resulta de allí? Que cuándo se casan y los negocios del

³ En *Lumbres* otras figuras que se presentaban como modelos ideales de mujer eran sor Juana Inés de la Cruz y algunas renombradas matronas colombianas de la elite.

esposo no van por el camino que este desearía ¿Quién ha de cocinar y lavar muchas veces, aunque tenga dinero para pagar criadas? ¿Quién ha de zurcir los trajes del papá aunque se tenga cuenta corriente en el banco? (Labores, n° 459, 19 enero 1928: 1).

Dado que eran mundanas, no era fácil aprisionarlas en la jaula de oro del mundo doméstico. *No busques el valor en la mujer cuya cabeza turbulenta o vacía se aleja de su familia para ir en pos de la fiesta y los placeres (Labores, n° 45, 8 marzo 1915:2).* Se le aconsejaba a los caballeros para que no cayeran en las garras de estas criaturas hermosas, pero frívolas, que sólo avizoraban en el horizonte de sus vidas *la regia esplendidez de los salones, y el flirteo para ellas tan necesarios como el auto y el salón de cine (Labores, n° 463, 16 febrero 1928:1).* Por esta razón, el varón debía preferir a la inocente novia de provincia, antes que la pícara novia de ciudad, pues la primera había nacido *para el hogar, como la paloma para el nido*, mientras la otra podía estar mancillada por la corrupción reinante en las áreas urbanas, una idea muy influenciada por las creencias católicas (*Labores, n° 463, 16 febrero 1928:1*). Era muy usual que en las publicaciones seriadas de este período destinadas para las amas de casa o la familia entera, se descalificara la atracción hacia el mundo moderno, que tenía su escenario fuera de los muros del hogar y que competía con los valores católicos.

Sobra decir que este juego antitético entre lo puro y lo impuro; lo rural como espacio donde reinaba lo immaculado y lo citadino como aquello donde regía la suciedad y la podredumbre moral, era una idea continuamente reiterada por el dogma cristiano, y su clasificación natural entre virtud y pecado. Por lo tanto, cuanto más relacionada estaba una mujer con las prácticas de ese caótico ámbito urbano, que en Colombia se encontraba en un efervescente cambio y crecimiento durante la década de los veinte, y cuanto mayor experiencia y conocimiento tenía de su cuerpo y de su entorno, menos idónea era para convertirse en una esposa ejemplar y en la compañera ideal del varón. Así que constantemente se reiteraba en dichos medios impresos de comunicación que *las mujeres honradas como los pueblos felices no deben tener historia. Y no tener historia es no tener experiencia (Labores, n° 24, 30 abril 1914:2).*

Ese arquetipo negativo de dama, muy común entre los sectores burgueses de las grandes capitales, y que empezó a emerger en el mundo occidental al concluir la primera guerra mundial, se consideraba que no era ni ingenua, ni sencilla, ni buena. Era coqueta,

resbalosa y su corazón no se lo entregaba a nadie. Así que no era sincera ni pura en las relaciones románticas. Antes bien, era una experta en artificios, en la alquimia del amor, que utilizaba para doblegar al macho. A este tipo de dama también la caracterizaba su ambición por el dinero, por lo que eran dadas a ser seductoras con los hombres acaudalados. Estas mujeres se caracterizaban por manipular a toda una cohorte de enamorados, que las agasajaban constantemente, con la falsa ilusión y esperanza de conquistarlas. De modo que estas muchachas mantenían *novios de reserva* (*Labores*, nº 46, 22 marzo 1915:1). También eran peritas en afeites, en lecturas exóticas y en excéntricas modas parisinas. Frecuentaban los salones de baile, en donde su cuerpo ondulaba voluptuosamente al son de los ritmos del charlestón y del vals. En palabras de Erasmo Ríos Taracena, estas damas caprichosas sólo rendían culto *a la diosa augusta de la moda, a los héroes favoritos del cine y a las figuras descollantes en todos los deportes* (*Labores*, nº 463, 16 febrero 1928:1). Las características físicas y el estilo de vida de este tipo de mujer, se resume en el siguiente texto:

Lulú era una deliciosa jovencita de diez y nueve años, dueña de grandes ojos negros, rasgados, de una boquita hecha para ser besada, y de una gentil figura, esto unido a su cautivadora simpatía, a su elegancia y su melena y trajes de garzona, la hacían realmente encantadora.

Lulú asistía a todos los bailes, iba a los teatros y cines de moda, y gozaba de una gran independencia (*Labores*, nº304, 10 enero 1925)

Igualmente se les reprochaba su vanidad y la tendencia obsesiva a maquillarse y a untarse en sus rostros *mascarones con pinturas exageradas*. En algunos casos, tales tipos de mujeres llegaban a privarse de los alimentos necesarios y se volvían anoréxicas, no sólo para gastar cuanto tenían en polvos, coloretes, tinturas, perfumes, trajes y cintas (*Labores*, nº 61, 11 diciembre 1915:3), sino también para acoplarse a un modelo de cuerpo femenino que había popularizado el cine. Y como si fuera poco, al tratar de imitar a las actrices de moda en ese entonces, algunas jóvenes de las clases acomodadas estaban adoptando el hábito de fumar, todavía muy mal visto entre los sectores tradicionales de la elite⁴. Por lo tanto, este

⁴ Estos sectores tradicionales también consideraban de mal gusto a las siguientes mujeres, pues rompían las normas básicas de la etiqueta: las que tenían perro faldero, las que tenían confidencias con niños de poca edad, las que tenían intimidad con las criadas, las que tuteaban a los primos y tenían confianza con ellos, las que se pintaban, las que se limpiaban los dientes en público, las que se contoneaban demasiado al caminar, las coquetas, las que vivían en la ventana de seis a seis, las chismosas, las que no querían pasar de los quince años, las que reían a carcajadas, las que saludaban entre dientes, las que criticaban por rivalidad o por envidia, las

estereotipo de mujer autónoma, mundana y frívola, contra la cual se escribieron numerosos artículos, anécdotas y narraciones en varias publicaciones seriadas de la época, se oponía rotundamente con ese patrón ideal de mujer virtuosa tan influenciada por la mentalidad católica y el modelo mariano, cuya acción debía restringirse al ámbito doméstico.

3. Control y vigilancia sobre el vulnerable cuerpo femenino

La mujer debía ser pudorosa con su cuerpo, su vestimenta y sus gesticulaciones. Debía ser recatada para conservarse digna y con una reputación intachable. Por tal razón, debía resistirse constantemente a los deseos lúbricos de su novio o enamorado. Cuanto más control tenía la mujer sobre su cuerpo y sus apetitos, mucho más se incrementaba su dignidad. Una dama debía conservar la castidad y mantenerse incólume ante las tentaciones de la vida. Además, cuanto una mujer menos riera, menos gesticulara, menos hablara, menos mirara, menos se contoneara y menos expresiva fuera, más se acercaba al modelo de la dama virtuosa recreada por esa sociedad bumanguesa de los años veinte. De modo que la mujer, para convertirse en una madre y ama de casa ejemplar no sólo debía renunciar al mundo para encerrarse en la prisión del hogar, sino que también debía abdicar a su corporeidad, a sus instintos primarios, a los impulsos libidinosos, al placer. En otras palabras, debía *conservar incólume su virtud, su honor, su dignidad, y todo lo que contribuyera a hacer de ella una verdadera matrona* (*Labores*, nº 17, 17 enero 1914:1).

Retomando a Catalina Reyes, la división irreconciliable entre cuerpo y alma, idea clave en la tradición católica consideraba a la mujer únicamente en su papel de madre. La maternidad era reivindicada como la función femenina por excelencia. La sexualidad fue concebida como acto exclusivamente reproductivo, cualquier significado distinto era considerado perverso y dañino para el cuerpo y con mayor razón para el alma (Reyes, 1996: 64). De esta manera, una mujer que sucumbía fácilmente ante los instintos carnales carecía de una cualidad imprescindible, el pudor, que era considerado el adorno más bello de la mujer y el pariente más próximo a la virtud (*Labores*, nº 37, 14 noviembre 1914: 2). Sin su

que se enamoraban de los forasteros sin conocer su procedencia. Al respecto, confróntese *Labores*, nº 46, 22 marzo 1915:1.

virginidad, la mujer ya no tenía ninguna valía, se convertía en juguete del hombre y contribuía a corroer *el organismo moral* (*Labores*, nº 367, 27 marzo 1926: 9). Jorge Cáceres Bejarano, articulista de la revista *Labores*, recordaba a las damas que *el pudor vale más que el cuerpo. Conserva el pudor* (nº 310, 21 febrero 1925: 10), pues tal como se estipulaba en el Nuevo testamento, el deseo de la carne atentaba contra el Espíritu y de la carne no se derivaban más que fornicaciones, inmundicias y lascivias (*Gálatas* 5, 16-26).

El cuerpo femenino tendía a ser considerado un objeto, una cosa, un ente que cuanto menos vulgar, barato y fácil de obtener era, mayor valor adquiría. El cuerpo era visto como un receptáculo de elementos anómalos e impuros, que debía ser reprimido para evitar la perdición del alma, pues se consideraba que *el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción* (*Gálatas*, 5,8). Por eso, las mujeres debían resistirse constantemente ante las peticiones de sus novios y enamorados, mostrarse como chicas difíciles, pues ello las enaltecía, las exaltaba, y a la par, acrecentaba el deseo masculino. Se consideraba que ante la muchacha virgen, recatada, casta y pudorosa, los jóvenes debían sentir tal grado de veneración y de respeto que debían inclinarse reverentes a sus plantas, al igual que lo hacían ante un icono religioso (*Labores*, nº 367, 27 marzo 1926: 9). Al respecto, los consejos de Carmen Delval, otra articulista de la mencionada revista, son bastante elocuentes: [...] *cuantas mayores dificultades se encuentran para llegar a la posesión de un objeto, mayor es el mérito que se le concede y el cariño que se le toma* (*Labores*, nº 306, 24 enero 1925: 10).

Los hombres asimilaron este arquetipo de reina y madre del hogar: para ellos la madre y la esposa eran seres *para respetar*. La Iglesia se encargaba de reforzar este discurso a través de publicaciones de amplia difusión y duración. Esta doble moral sexual que disociaba amor y placer sexual era reforzada por una cultura machista en la que el hombre tenía derecho a satisfacer sus deseos mientras la mujer debía conservar las virtudes antes señaladas. Las mujeres se dividieron en dos categorías irreconciliables: de un lado, las Evas pecaminosas, signos de la tentación y la maldad; y de otro, las mujeres virtuosas que imitaban a la Virgen María, futuras madres y esposas. La virtud y el pudor de las mujeres estaban protegidos en la medida en que existieran las pecadoras y voluptuosas que calmaban los bajos instintos de los hombres (Reyes Cárdenas, 2002: 218-219).

El varón era visto como un peligro constante para ese cuerpo femenino, pues con sus quiméricos juramentos y su falo podía destruir ese *templo de virtud* y condenar a la mujer a una vida socialmente vergonzosa.⁵ Las jovencitas, por lo tanto, debían ser vigiladas continuamente por sus madres y educadas en la moral y la religión para que *aquellos hombres de desmoralizado corazón y sin conciencia no las engañaran con sus falsas promesas y fementido amor* (*Labores*, nº 17, 17 enero 1914: 1) no las convirtieran en seres abyectos. Se creía que sólo la oración constante, las advertencias maternas y la instauración de temores y tabúes alrededor de todo aquello que hiciera referencia al sexo y a la genitalidad posibilitaban que las doncellas se apartaran de esos *hombres monstruosos que con una horrenda malevolencia llevan a los hogares la deshonra y con estas las grandes amarguras de la vida; hombres que después se quitan el antifaz para reírse de la desgracia que han causado a una joven que quizá habiéndola honrado habría sido virtuosa esposa y excelente madre* (*Labores*, nº 17, 17 enero 1914: 1). De modo que bajo esta perspectiva profundamente influenciada por el credo católico, las damas no sólo debían estar apartadas de las corruptas influencias del mundo y restringir al máximo sus apetitos carnales, sino mantenerse alejadas de aquellos hombres que, con el único fin de satisfacer su lascivia, les prometían a las muchachas ingenuas el cielo y la tierra. Así pues, según Rafaela Vos Obeso, las severas costumbres se convirtieron en guardianas del sexo femenino. La salvaguarda de su honor se fundamentaba en valores constitutivos de su identidad y moralidad, como la castidad, el sufrimiento y la vergüenza. La virginidad, virtud en la que se condensaban estos valores, se constituía en el símbolo de pureza. Las mujeres de ese entonces no sólo eran criadas para ser madres sino, así mismo, para mantener el imaginario virginal alimentado por la cultura y reforzado por los dogmas religiosos (Vos Obeso, 2002:253).

⁵ Cabe recordar que el falo o miembro viril ha sido considerado en diferentes culturas como el símbolo del poder generador y productivo de la naturaleza. Ha sido usualmente asociado a la fertilidad y a la abundancia. Por esta razón, el falo también era considerado el enemigo de la esterilidad, de la muerte y de todos los males a los que la carne está expuesta. Entre los romanos se le atribuía la protección de los campos y los viñedos contra los pájaros y los animales dañinos, los ladrones y las malas influencias que impedían el desarrollo del fruto. Como amuleto, el falo deshacía los sortilegios o encantamientos y era un antídoto contra el mal de ojo. Sin embargo, en este caso particular, el falo adquiere una connotación negativa: es el símbolo de una sexualidad transgresora que se lleva a cabo sin estar legitimada bajo el vínculo del matrimonio, que era considerada anómala por una sociedad completamente imbuida en la satanización de la carne practicada por el cristianismo ortodoxo. A su vez, en este caso el falo es el emblema de embarazos indeseados, del madrosterismo, de la procreación de hijos naturales y bastardos, y de una existencia de alineación y vergüenza para esa mujer que accedía a relaciones sexuales prematrimoniales.

Mujer y trabajo en el modelo propuesto por las revistas

Un aspecto destacado en la construcción de un rol específico de mujer que se presenta en las revistas es la relación de la mujer con el ámbito laboral. En este apartado se visibilizan dos tendencias: en la primera, durante las primeras décadas del siglo, la mujer quedaba restringida a las labores del hogar y el espacio doméstico; en la segunda, visible a partir de finales de los años veinte, la mujer puede ingresar al trabajo con ciertas restricciones. La mujer perteneciente a las capas más deprimidas de la población puede acceder al mercado laboral para colaborar en el sostenimiento del hogar, que sigue siendo su ámbito *natural* indiscutible. A la mujer que forma parte de la elite se le permite entrar al mundo del trabajo en mejores condiciones, para ocupar puestos relacionados con las artes, las profesiones liberales, la docencia e incluso la política.

En un primer momento, la imagen laboral que se construyó para la mujer estaba restringida al ámbito doméstico, al hogar, considerado como su dominio *natural*, sólo en este espacio le era permitido tomar decisiones. Esta restricción se justificaba recurriendo a las capacidades *naturales* que diferenciaban al hombre de la mujer. El espacio público, relacionado con la toma de decisiones de carácter político, era propio del hombre por su marcada *superioridad, racionalidad, fuerza e intelectualidad*. La mujer quedaba limitada a la casa, el cuidado y educación de los hijos, lo cual se legitimaba bajo una imagen que la presentaba como *sumisa, recatada, malgeniada, celosa, maldadosa, rencillosa, histérica, débil, dependiente*:

La misión social de la mujer se cumple en el bendecido círculo de la familia. Sus virtudes modestas pero fecundas van a reflejarse para honor y salvación de la sociedad en los hermanos, en el esposo, en los hijos. Así la mujer ha de contribuir a la felicidad y engrandecimiento de los pueblos, pero no apareciendo por si misma en el escenario público, sino preparando en secreto y a fuerza de generosidad y sacrificios esa magnífica florecencia que se apellida civilización. (Cortés Lee Carlos, "El tipo perfecto de mujer", En: *Labores*, n° 373, 8 mayo 1926: 3)

El enclaustramiento doméstico de las mujeres se impuso gracias a su dependencia económica del varón, el fomento de su ignorancia intelectual y la anulación de su identidad erótica. Esta realidad fue sostenida por una trilogía de significaciones imaginarias colectivas:

la Mujer como sinónimo de Madre, la pasividad sexual como inherente a la feminidad y el mito del amor romántico (Fernández, 1993: 10). Este imaginario fue creado y compartido por hombres y mujeres por igual en las primeras décadas del siglo.

Sin embargo, con la consolidación del auge industrial en el país, la demanda de mano de obra en las fábricas provocó un cambio en esta tendencia. La mujer pudo acceder al mercado laboral sobre todo en trabajos relacionados con el sector textil y administrativo, para satisfacer esa demanda. El proyecto de Estado-nación que propugnaban tanto conservadores como liberales se basaba en la inclusión de Colombia dentro del espectro de los países desarrollados. En ese proyecto de modernización la mujer ocupaba un nuevo lugar en la sociedad, siguiendo el modelo de referencia en aquellos años: Estados Unidos:

*No debemos olvidar la causa importante del gran progreso norteamericano, y es el considerable lugar que en él ha tenido la educación de la mujer y el puesto señalado y preferente que tiene en esa sociedad. Ella, sin duda ha contribuido, en primera línea, a formar el carácter patriótico y emprendedor de sus compatriotas. Activas, instruidas, fuertes, libres, profundamente respetadas, su influencia en la formación de los caracteres tan dispuestos para la lucha de las ideas como de las empresas. Como madres, como esposas, como hermanas, como amigas, como trabajadoras en todo orden de cosas, son las primeras en dar el ejemplo, probando que la mujer es apta para todos los oficios y carreras como el hombre [...] El consejo de Napoleón I, para levantar el espíritu de las futuras generaciones: “dedicaos a formar madres que sepan educar a sus hijos”. (Ludovico, “Instrucción es progreso”, En: *Labores* n° 357, 16 enero 1926: 4)*

Pero la inclusión al mundo laboral no significó un cambio radical en el rol asignado a la mujer. El trabajo se consideró un complemento al sustento del hogar, el lugar por excelencia del cual era la *sacerdotisa*:

*Cientos de mujeres tienen que cumplir el deber ineludible del trabajo porque de sus reducidas ganancias depende la vida de la madre, incapacitada para trabajar, o la educación del hijo; por esta necesidad apremiante se ve obligada a trabajar devengando un sueldo que no paga ni su capacidad ni su actividad, por que el fruto de él es el único ingreso de su hogar (Cárdenas B. Olga, “La Mujer y sus Derechos”, En: *Lumbre*, n° 3, mayo 1949: 25)*

Las virtudes que ostentaba en la casa, sensibilidad, garante de la moral y la educación de los hijos fueron las que debían exportar al mundo del trabajo como enfermeras, maestras, secretarías, obreras sumisas y obedientes:

*Ellas, las mujeres que trabajan, han aristocratizado y embellecido el ambiente de las oficinas; su fresca gracia ha llevado a fábricas, talleres y empresas comerciales una nota de distinción y de cultura; han creado un nuevo clima de respeto y de mesura para los jefes y compañeros; los varones tienen forzosamente que olvidar sus charlas equivocadas, sus chistes de mal gusto, sus palabras ásperas; ellas son las que han puesto sobre los escritorios la viva pincelada fragante del gajo de rosas [...]. (Isaza De Jaramillo Meza Blanca, “Las Mujeres que Trabajan”, En: *Lumbre*, n° .3, mayo 1949: 12).*

A la vez que la mujer aumentaba su presencia en fábricas, talleres y oficinas, surgieron las primeras organizaciones de trabajadoras, como la Unión Femenina, reclamando mejoras laborales e igualdad de salarios con los hombres por el mismo trabajo realizado:

[...] un escaso número de mujeres de buena voluntad se reunió con el firme propósito de fundar una agrupación cuyos fines principales pueden resumirse así: Levantar el pensamiento sobre la gris monotonía del trabajo; lograr que el Estado se interese un poco más en la educación de la mujer; proporcionar ayuda a las empleadas para que logren una especialización técnica que las capacite para enfrentarse a la vida con armas más adecuadas con que librar la lucha; conocer de arte y literatura [...]. (Cárdenas B., 1949: 25)

A su vez, dentro de estas organizaciones se fomentó un ideario feminista que en el ámbito del trabajo propugnaba la igualdad con el hombre:

Nuestra capacidad intelectual ha sido comprobada con hechos que no admiten discusión: la mujer colombiana se ha lanzado a la conquista de las profesiones liberales que antes eran campo de la acción exclusiva del hombre, no por ley sino por costumbre, y en ejercicio de ellas ha demostrado su plena capacidad mental, en ningún caso inferior a la del hombre [...]. (Cárdenas B., 1949: 25)

Con la irrupción y consolidación de la mujer en el mundo del trabajo no se produjo un quiebre de los roles de género tradicionales, más bien se operó un reajuste dentro de los mismos: se permitía a la mujer abandonar el hogar para desempeñar en los espacios públicos, hasta ese momento exclusivos del hombre, las mismas *funciones* (que no tareas) que realizaba en la casa. No cambió *la mujer*, cambiaron las necesidades para las que era

requerida en una sociedad inmersa en un proceso de desarrollo industrial. Sin embargo, esto no significó que ver a la mujer ocupando puestos *masculinos* se aceptara con facilidad, o bien que la independencia económica del sexo femenino fuese recibida como un signo de notable progreso. Muy al contrario, los sectores más reaccionarios de la sociedad colombiana no escatimaron críticas contra un proceso de emancipación que consideraban atacaba los valores cristianos sobre los que se asentaba el orden social. Así se refleja en la revista *Lumbre* cuando en uno de sus artículos se comentan las denuncias de un predicador sobre este punto:

[...] un modesto predicador tuvo frases acerbas, y comentarios injustos, y apreciaciones equivocadas acerca de las mujeres que trabajan. Según él, estas damas clarísimas disfrutaban de una libertad peligrosa, se acostumbran a gastar el dinero a manos llenas, se vuelven imperiosas y no dan garantías como mujeres de hogar. (Isaza De Jaramillo Meza, 1949: 12)

Frente a las críticas, desde las filas femeninas que defendían el derecho de la mujer al trabajo se respondió a los ataques exigiendo respeto y dignidad, pero sin ser capaces de romper con el modelo impuesto por los roles de género tradicionales. La mujer que salía a trabajar fuera del hogar era tan digna como la que se quedaba en casa, sin embargo, los ataques a la construcción de una visión de género que mantenía a la mujer subyugada en condiciones de inferioridad fueron de menor intensidad. Se peleaba por el derecho al voto, por el derecho al trabajo, por el mismo salario que los hombres por igual trabajo, pero no se cuestionó directamente el entramado moral discriminatorio que mantenía a la mujer atrapada en un rol social inferior al del hombre:

Las mujeres que trabajan en las oficinas son tan dignas como las que trabajan en el recinto amable del hogar, y son tan merecedoras del respeto y cariño de todos que las que se pasan las dos terceras partes de su vida en los salones de belleza, en las casa de moda y en los costureros donde con lamentable frecuencia se pespuntan por parejo telas y reputaciones; las mujeres que trabajan se casan por amor; no se venden por trajes o por una dorada ociosidad; el dinero que ganan es comodidad para sus padres, apoyo para sus hermanos, educación para sus hijos, pan y drogas para muchos necesitados; es alegría y holgura hogareña porque no se queda jamás en las cantinas ni en los cafetines de los arrabales; ellas tienen más derechos a las cosas de lujo porque las adquieren con su consagración y con el ejercicio de su inteligencia y más meritorias que aquellas que dejan exhaustas la bolsa paterna en su incontrolado afán

de lucir los últimos modelos de vestidos, sombreros y zapatos. Se toman la libertad de llevar dentro de la cabeza algo más que un poco de estopa [...]. (Isaza De Jaramillo Meza, 1949: 12)

Con la llegada al poder del Partido Liberal en 1930 comenzó un proceso de reformas tendientes a reducir la discriminación. Los liberales trataron de atenuar legalmente la condición dependiente de la mujer en la sociedad y en la familia, pero en 1932 se aprobó una reforma del Código Civil que mantenía la virtual minoría de edad de la mujer casada en la disposición de sus bienes inmuebles y que le restringía el ejercicio profesional. En 1936, López llevó adelante reformas que permitían a la mujer acceder a puestos públicos. A pesar de estas medidas no varió el rol impuesto a la mujer, el *deber ser* por el cual debía guiarse la mujer fuera cual fuera la tarea que desempeñara. Simplemente, se abrieron nuevos espacios para un mismo tipo de mujer.

Función de la mujer para la construcción de un modelo particular de Estado-nación

Durante la primera mitad del siglo XX, el proyecto de nación propuesto en el país requirió de unas políticas públicas soportadas en arquetipos de la vida privada de los ciudadanos. Es decir, necesitaba de la creación de modelos de hombre y mujer considerados socialmente útiles a la nación.

*Con la mujer inserta en el hogar, en el trabajo y en la educación, se cumple con la función principal de ser madre – esposa formadora y educadora de hijos. Ya que estos últimos al salir del hogar llevan impresos en el corazón y en el carácter el espíritu de sus madres. Es el ejemplo y la educación del hogar lo que más arraiga en el alma, y es con esa fuerza interior con la que los hombres se presentan en la plaza pública y asisten a todos los actos de la vida social y colectiva (“Instrucción es progreso”. En: *Labores*, nº 357, 16 enero 1926: 4)*

Una de las principales funciones que se menciona en las revistas, es el papel como madre, ángel guardián y tutelar del hogar. Sobre esto se especifica que la mujer es un ser delicado, sublime, sensitivo y durante el periodo de la maternidad es el ser por excelencia de amor y equidad. Este amor profesado por las madres sin medida alguna *engrandece a la humanidad, es un amor perfecto* a su vez especifica que *el amor de la madre no es limitado*

solo para los hijos; el amor de la madre se ha despertado para la humanidad entera a su vez que la mujer se hace digna siendo madre (“La Mujer”. En: *Labores*, nº 313, 14 marzo 1925: 1). Pero estas madres amorosas deben igualmente impartir disciplina y exigir buen comportamiento a sus hijos inquietos, pues de esta manera evitan que se conviertan en miembros indeseables y espurios de la sociedad. La manera de especificar esto se realiza por medio de un llamado de atención sobre *el inmenso mal que les causamos a nuestros hijos cuando les permitimos eludir los deberes y disciplina de la vida diaria, hasta convertirlos en un ente inútil, abúlico e inválido*. (“La equivocada nerviosidad de algunos muchachos inteligentes” En: *Labores*, nº 311, 20 febrero 1925: 4). Con esto se deja presente la inminente necesidad de ejercer una autoridad definida sobre los niños. La madre como procreadora tiene la responsabilidad de la crianza, desarrollo, educación y fundamentación de la moral y respeto para con su padre y la sociedad en general. Frente a esto se realiza una serie de advertencias sobre los preceptos que pueden perjudicar la enseñanza de un niño:

*Empezad por darle desde pequeñito cuanto se le antoje; Hablad delante de él de sus cualidades y habilidades portentosas; Decid delante de él que os es imposible corregirlo; No sedáis del mismo parecer, padre y madre, en lo tocante a él; Dejadle creer que su padre es un tirano que no sirve para más que para castigarlo; Que el padre desprecie a la madre en presencia del niño; No os fijéis con que amigos anda; Dejadle leer todo lo que quieran; Adquirir fortuna para él, sin darle buenos principios; Dejadle sin vigilancia durante las horas de recreo [...]. (“Cómo educar mal a un niño”. *Labores*, nº 314, 21 marzo 1925: 7)*

Además de criar buenos hijos, las madres como tutoras del hogar deben inculcar al interior de estos los buenos valores y buen comportamiento en sociedad. Específicamente deben dar los valores de la temperancia y la templanza, con el fin de contrarrestar los efectos nefastos del consumo del licor. Es decir, la madre tiene en sus manos la formación de una generación de ciudadanos, de modo que debe estar vigilante en las acciones de los integrantes de su hogar para evitar en él ingreso de vicios como el licor:

*Empecéis la campaña en el hogar [...] debéis proscribir de sus mesas el uso de las bebidas embriagantes; que la madre cariñosa, con amor y la constancia que la caracteriza infunda en sus hijos desde la tierna infancia honda repugnancia al vil licor, que les enseñe a temerlo todavía más que a la venenosa víbora de cascabel [...] Oh, madre latinoamericana, en tus manos amantes están los destinos de tus hijos; pesa las responsabilidades que tienes ante Dios y la gravedad de la conducta de tus hijos. (“Temperancia”. En: *Labores*, nº 313, 14 marzo 1925: 3)*

Otra de las funciones que se le asignan a la mujer es como educadora, no desde el hogar sino desde la escuela en donde ella debe impartir en las nuevas generaciones y los jóvenes alumnos colombianos las virtudes: *caridad, patriotismo, perseverancia, solidaridad, iniciativa, civismo, en fin, por cualquier faz, moral o mental que lo destaque* (“El escolar colombiano”. En: *Tierra Nativa*, nº 142, 23 noviembre 1929: 15). Con esto se busca dar personalidad al escolar, estimular, crear, hacer patria formando buenos ciudadanos desde la escuela con la firme intención de afianzar la sociedad de la época.

Pero estas labores familiares de la madre, tienen una meta fundamental que cumplir: afianzar el patriotismo en los individuos desde la infancia. La función de la mujer es pues ayudar a crear patria, todo por medio de acciones nobles, amor, respeto, consideraciones, instrucción religiosa y científica. No importando el camino que le toque seguir, es decir, si es de flores o si es de tribulación, porque así como todos los ríos conducen al mar, toda actividad noble conduce a la patria: *La república que es fe, que es amor, que es ciencia, que es arte, que es ley, que es patriotismo, que es dolor, que es sacrificio, que es progreso, necesita para subsistir dos columnas fundamentales que son la inteligencia del hombre y el corazón de la mujer. [...] He aquí el altar inmenso: ella debe ser la sacerdotisa.* (“Mujer y Patria”. En: *Labores*, nº 367, 27 marzo 1926: 4). Otra manera de crear patria es *Haciendo hombres fuertes y robustos, sensatos y activos, tendremos una sociedad vigorosa, fecunda en hechos y notable por sus prácticas. Los hombres de nuestra raza tienen un deber ineluctable que cumplir. Todo esto con el fin de cambiar y vigorizar los pueblos.* (“Fuerza de Acción”. En: *Labores*, nº 357, 16 enero 1926: 1). Vigorizar los pueblos, deber de nuestra raza, nacionalismo, conceptos claros del fascismo. Todos estos principios de acción, valores y buenas costumbres dependen de las mujeres, quienes son las encargadas de formar a los hombres que han de regir la prosperidad de las sociedades.

En el número ciento cuarenta y siete de la revista *Labores*, en el artículo titulado *Regresamos* se declara la intención de contribuir a la conservación de los valores tradicionales, de ideal conservador, de la familia, en pro de la construcción de la patria. Es notorio el moralismo patriótico que la publicación trata de defender rehusando los conflictos partidistas:

[...] Volvemos hoy a reanudar la labor empleada hace nueve años, convencidos de que hacemos obra meritoria para la sociedad y la patria, poniendo a su servicio esta modesta hoja, en cuyas columnas encontrara siempre el publico lectura sana que instruye y corrige [...]

Nuestra mayor aspiración es hacer de este un campo neutral, en donde no tenga entrada la política partidista, que todo lo envenena, para que las personas patriotas y de buena voluntad puedan colaborar en el fin de trabajar por el adelanto material y moral de este abnegado pueblo de Santander y por el engrandecimiento de la patria. (Labores, nº 147, 15 octubre 1926: 1).

Cuando los críticos años de La Violencia toquen a la puerta de la patria, de nuevo la revista Labores sabrá dar una respuesta a las mujeres sobre cuál debe ser su papel en tan dramática coyuntura. La función de la mujer para con la nación es devolverle la paz a la patria, utilizando para ello su naturaleza femenina. La mujer da a la patria aquello que es natural en ella: *Tu mujer, eres la PAZ [...]* *Mujer, mujer colombiana tienes doble razón y doble titulo para mostrar tus reservas morales y probar la eficacia y grandeza de tus poderes espirituales [...]* *Una palabra tuya basta para llevar al hombre a la cumbre de todos los heroísmos, y a al sima de todas las abyecciones [...]* *Mujer y mujer colombiana la patria espera de tu aporte de paz en esta hora* (“Paz a los hombres de buena voluntad”. En: *Lumbre*, nº 3, mayo de 1949: 3).

El paradigma masculino: protector, proveedor y reproductor

En las tres revistas analizadas puede decirse que ser hombre se define por tres imperativos: ser *protector*, *proveedor* y *reproductor*. El imperativo de ser *protector* se expresa en que el ser hombre se identifica con el ser *caballero*, quien no debe ofender ni verbal, ni físicamente a la mujer pues el *hombre que maltrate a una mujer, ya de palabras o de obras, rebaja su dignidad masculina* (“A las lectoras y lectores de Tierra Nativa”, No. 136, 9 febrero 1929: 14). Un caso que ilustra esta función protectora es el de un redactor de la revista *Tierra Nativa* que ante los supuestos *improperios* que dirigió otro periodista sobre la persona de Rosario Sansores, salió en su defensa porque ella *como mujer y como madre merece el respeto de todo hombre que se sepa hombre entero* (“A las lectoras y lectores de Tierra Nativa”: 13). La justificación de que la mujer es un ser necesitado de protección por parte del sexo masculino, está relacionada con la idea sobre un diformismo sexual de la

especie humana, o sea el mayor tamaño y fuerza del hombre, con la consiguiente mayor capacidad agresiva que determinan los papeles de protector y proveedor. En consecuencia se exige al hombre que desarrolle una serie de cualidades ligadas a la agresividad (para lo cual parece estar fisiológicamente mejor dotado que la mujer): *el hombre debe ser fuerte, porque ser fuerte indica: marchar hacia delante, ser firme y decidido, mandar, saber morir. El hombre debe someterse al DEBER, agua helada donde se sumerge el hierro para forjarlo* (“Pepitas de Oro”. En: *Labores*, nº 365, 13 marzo 1926: 1).

En otras palabras ser un *verdadero hombre* es el deber de todo macho, un reto rodeado de dificultades y riesgos, entre otros los de perder la reputación, estatus y con frecuencia la vida. El ser *proveedor* sin embargo significa una carga para los hombres. Se considera que el matrimonio es desventajoso ya que la mujer *es para el marido una carga*, para el rico una amenaza, para el viudo un descanso. Algunos llegan a incitar a los hombres a no enamorarse como en el siguiente artículo:

*De cada cien solteronas,
noventa y nueve jamás aman de veras;
de cada cien quedadas
noventa y ocho son cotorras trasnochadas:
de cada cien casadas
noventa y siete a su marido hacen tajadas;
de cada cien viudas
ciento menos cuatro son falsas como judas.
Muchachos que juráis amor eterno
No sigáis el camino al infierno.*
(Porfirio Málaga, “Compañeros”, 21 diciembre 1929: 20).

La función reproductora propia del macho es el tema más delicado y sibilino, pues en su fondo anida la contradicción de una sociedad puritana con los deberes propios de todo varón que se precie. Esa contradicción se hace especialmente relevante en la tres revistas analizadas ya que son lecturas destinadas al espacio familiar, lecturas cuyo objetivo es instaurar un modelo de mujer virginal y un paradigma de macho alfa. Esta tensión difícilmente resoluble se hace visible en comentarios como el que sigue: [...] *la mujer que resiste a la seducción de un hombre hasta puede ser admirada. El hombre que resiste a las seducciones de una mujer es ridículo* (Anónimo. Sin título, *Tierra Nativa*, No. 189, 1 noviembre 1930: 14). La constante atribución de valores negativos y subordinados para la

mujer, así como el énfasis en la diferenciación sexual, conduce al repudio de lo femenino. Dominar a la mujer se transforma en un valor fundamental de la identidad sexual masculina.

Publicidad y construcción de género

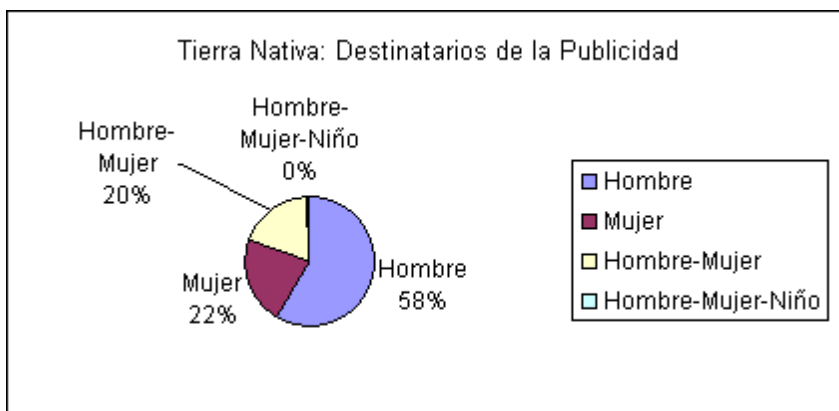
Tal como hemos señalado a lo largo del texto, las revistas analizadas proponían a la sociedad ciertos valores orientados a la construcción de una visión particular de género. El análisis de la publicidad nos confirma varios de los componentes del concepto presentado anteriormente. Sin embargo, en razón a la cortedad del periodo escogido para el análisis, solo podemos establecer algunas tendencias percibidas a través de los anuncios comerciales. La publicidad, gracias a su particular lenguaje, es muy sugerente a la hora visualizar los valores culturales propuestos a la sociedad, por ello consideramos importante tener en cuenta esta variable para el estudio. Los resultados obtenidos, además de coincidir con la información obtenida en los artículos, nos llevaron por lugares no accesibles a través de los textos. Tanto en la revista *Tierra Nativa* como en *Labores*, la publicidad se dirigía principalmente hacia los hombres, quienes para la época eran la mayor parte de la fuerza laboral del país y por ende los que podían comprar las mercancías puestas a la venta. En *Tierra Nativa* tres quintas partes de la publicidad se dirigía particularmente a los hombres, una quinta parte tanto a hombres como a mujeres y otra quinta parte a las mujeres. En la revista *Labores* la tenencia fue similar, los anuncios se dirigían principalmente a los hombres, aunque la diferencia entre hombres y mujeres no es tan marcada como en *Tierra Nativa*.

Destinatarios de la Publicidad

Revista *Tierra Nativa*

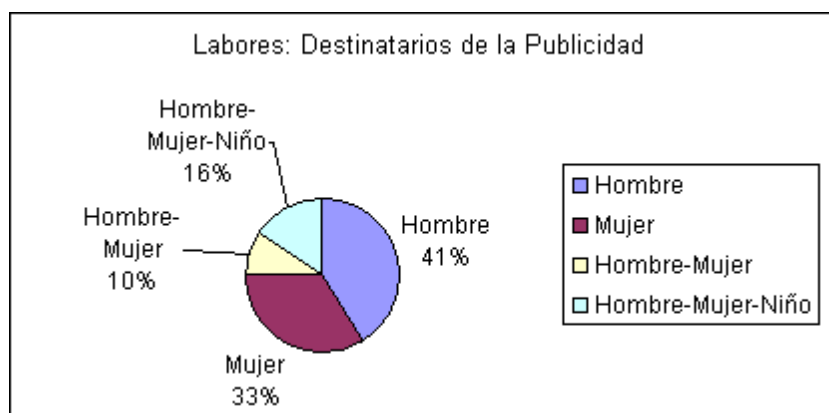
Sexo	T. N. 1928	T. N. 1930	T. N. 1931	Cantidad Total
Hombre	48	126	62	236
Mujer	24	64	2	90
Hombre-Mujer	20	56	5	81
Hombre-Mujer-Niño	0	1	0	1

Sexo	Cantidad Total
Hombre	236
Mujer	90
Hombre-Mujer	81
Hombre-Mujer-Niño	1



Revista *Labores*

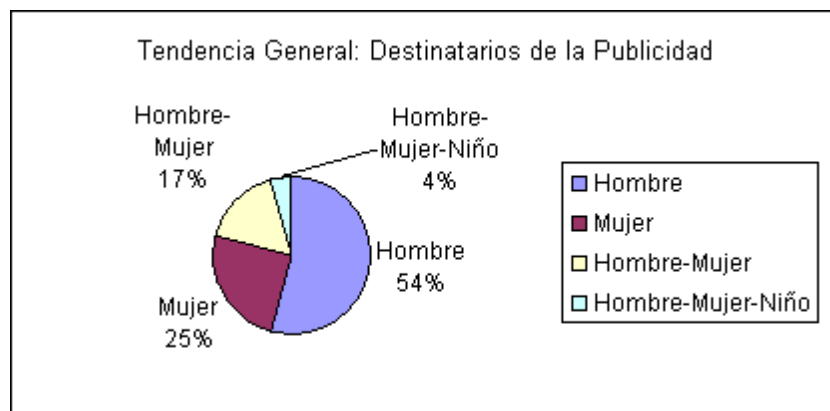
Sexo	Labores 1928
Hombre	58
Mujer	47
Hombre-Mujer	14
Hombre-Mujer-Niño	22



Tendencia General: Revistas *Tierra Nativa* y *Labores*

Sexo	T. N. 1928	T. N. 1930	T. N. 1931	Labores 1928	Cantidad Total
Hombre	48	126	62	58	294
Mujer	24	64	2	47	137
Hombre-Mujer	20	56	5	14	95
Hombre-Mujer- Niño	0	1	0	22	23

Sexo	Cantidad Total
Hombre	294
Mujer	137
Hombre-Mujer	95
Hombre-Mujer-Niño	23



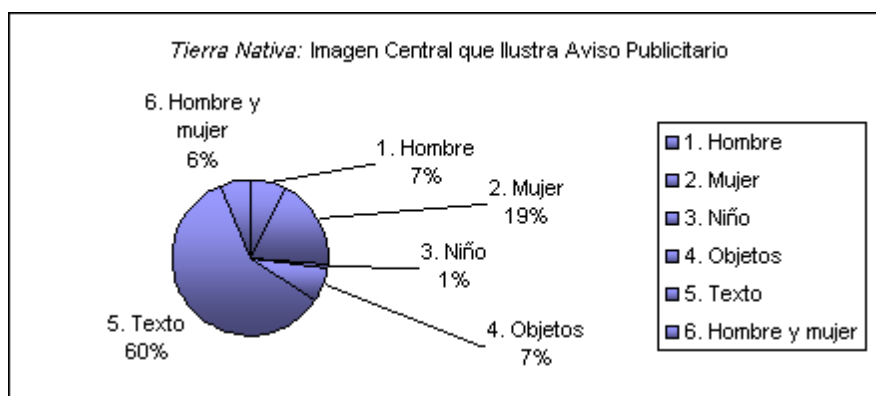
En las revistas, casi toda la información para persuadir al comprador se transmitía en forma de texto. En general, para la época no era muy frecuente el uso de dibujos y fotografías que incitaran a la adquisición de los productos. En *Tierra Nativa* solo la cuarta parte de la publicidad tenía imágenes y en *Labores* solo el 16%. Sin embargo en ambas revistas primaba una tendencia a utilizar a las mujeres para presentar los productos. Era pues lo femenino usado como gancho de venta para atraer a los hombres, empleando a la mujer como objeto comercial.

Imagen central que ilustra el aviso publicitario

Revista *Tierra Nativa*

Imagen Central	TN 1928	TN 1930	TN 1931	Cantidad Total
1. Hombre	4	25	2	31
2. Mujer	32	15	35	82
3. Niño	4			4
4. Objetos		28	2	30
5. Texto	52	174	31	257
6. Hombre y mujer	18	7	1	26

Imagen Central	Cantidad Total
1. Hombre	31
2. Mujer	82
3. Niño	4
4. Objetos	30
5. Texto	257
6. Hombre y mujer	26



Revista *Labores*

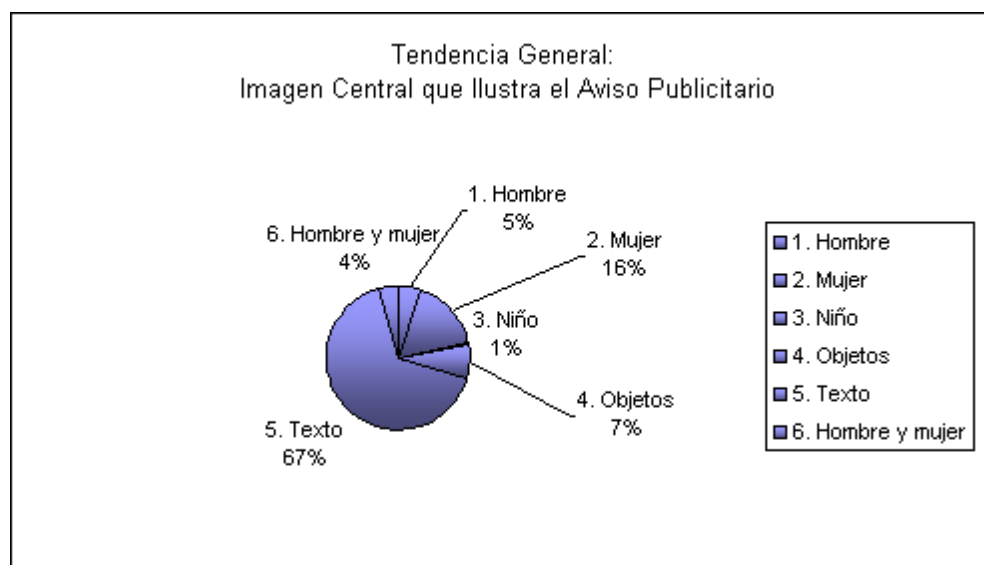
Imagen Central	Labores 1928
1. Hombre	
2. Mujer	13
3. Niño	
4. Objetos	12
5. Texto	129
6. Hombre y mujer	



Tendencia General: Revistas *Tierra Nativa* y *Labores*

Imagen Central	TN 1928	TN 1930	TN 1931	Labores 1928	Cantidad Total
1. Hombre	4	25	2		31
2. Mujer	32	15	35	13	95
3. Niño	4				4
4. Objetos		28	2	12	42
5. Texto	52	174	31	129	386
6. Hombre y mujer	18	7	1		26

Imagen Central	Cantidad Total
1. Hombre	31
2. Mujer	95
3. Niño	4
4. Objetos	42
5. Texto	386
6. Hombre y mujer	26

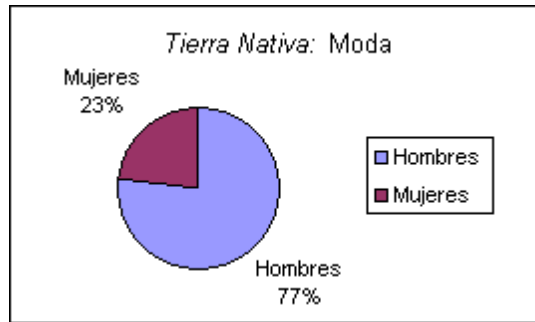


Los anuncios estaban orientados a diferentes aspectos de la vida de los hombres y de las mujeres. El 48% de los objetos publicitados eran de uso personal y se referían a moda, estética, accesorios, joyas y salud. En *Tierra Nativa* lo más publicitado eran textiles, vestidos y sastrerías; en *Labores* la publicidad se centraba en accesorios como zapatos, carteras y sombreros. En la revista *Tierra Nativa* el 70% de los anuncios de vestuario eran masculinos y correspondían a trajes, sastrerías o paños; en contraste el 30% de los artículos correspondientes a mujeres que estaba representado por vestidos de novia y medias femeninas. En la revista *Labores* los accesorios eran principalmente para las mujeres, se les ofrecían zapatos y carteras. En ambas revistas las joyas y los artículos de belleza se publicitaban casi en su totalidad para la mujer.

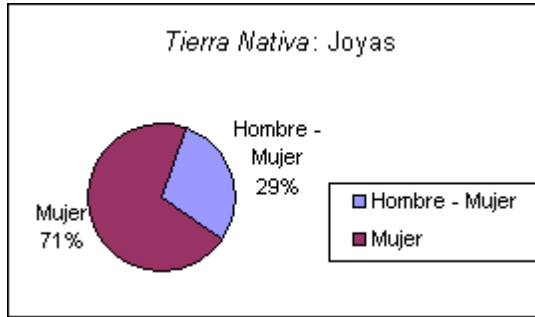
Objetos de uso personal

Revista *Tierra Nativa*

Moda	Cantidad
Hombres	46
Mujeres	14

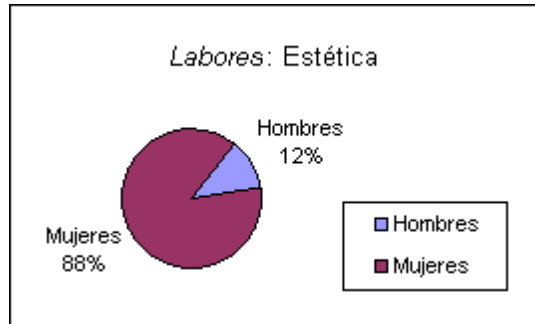


Joyas	Cantidad
Hombre - Mujer	9
Mujer	22

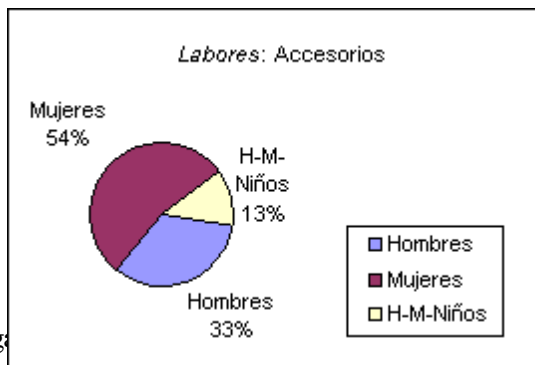


Revista *Labores*

Estética	Cantidad
Hombres	2
Mujeres	15



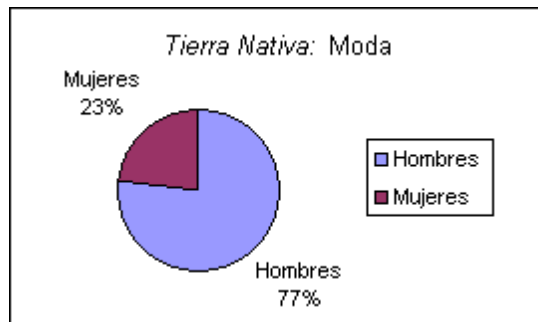
Accesorios	Cantidad
Hombres	21
Mujeres	35
H-M-Niños	8



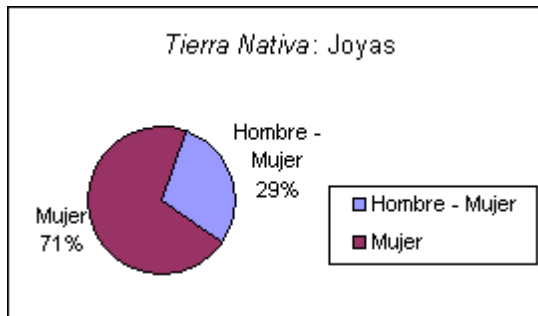
Objetos de uso personal

Revista *Tierra Nativa*

Moda	Cantidad
Hombres	46
Mujeres	14



Joyas	Cantidad
Hombre - Mujer	9
Mujer	22

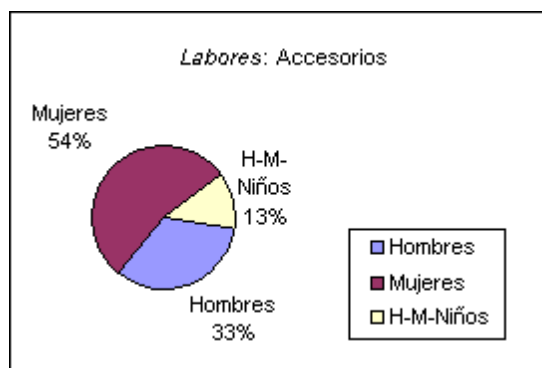


Revista *Labores*

Estética	Cantidad
Hombres	2
Mujeres	15



Accesorios	Cantidad
Hombres	21
Mujeres	35
H-M-Niños	8



Así pues, se trataba de vender a los hombres, en la mayoría de los casos, mediante la imagen de lo femenino tomada como un bien en oferta. Cuando se vendía algo a las mujeres, el artículo ofrecido reforzaba una imagen femenina de ente reproductor destinado a engalanarse para satisfacer la exigente mirada masculina.

Por otra parte, además de los objetos de uso personal se publicitaban preferencialmente otros de consumo personal tales como licor y cigarrillos. Este tipo de productos ocupaba la cuarta parte de los anuncios y su público era principalmente hombres, para quienes se considera que su consumo redundaba en el fortalecimiento de su masculinidad.

Llama la atención que los anuncios asociados a actividades intelectuales ocupaban menos de la décima parte de la totalidad de la publicidad y estaban dirigidos exclusivamente al sector masculino, indicando así que en la publicidad se deja de lado la propuesta de los artículos referida a una posible capacitación para la mujer, porque supuestamente no la requiere para estar bella dentro del hogar. En conclusión frente a la irrupción de algunas mujeres en actividades diferentes a las del hogar los artículos de las revistas planteaban encausar su participación para que esta no se saliera de su condición de procreadora, fiel y sumisa. Por el contrario los anuncios publicitarios no dejaban ningún espacio abierto a la actividad pública de las mujeres, simplemente se la limitaban a un papel de esposa, madre, bonita y objeto de deseo.

Objetos de publicidad orientados de acuerdo a su función

Revista *Tierra Nativa*

Orientado a	1928	1930	1931	Total
1. Padre - Madre	8	1		9
2. Esposa - Esposo				
3. Trabajador(a)		12	3	15
4. Ama de Casa	2	19		21
5. Hijo - Hija		4		4
6.1 Salud	10	16		26
6.2 Estética	20	9	3	32
6.3 Moda	10	64	2	76
6.4 Joyas		29	3	32
6.5 Accesorios	4	9		13
7. Amante				
8. Amigo - Amiga				
9.1 Cigarrillo	38		24	62
9.2 Licor		26	5	31
10 Otros	10	12	29	51

Revista *Tierra Nativa*

Orientado a	Cantidad
1. Padre - Madre	9
2. Esposa - Esposo	
3. Trabajador(a)	15
4. Ama de Casa	21
5. Hijo - Hija	4
6.1 Salud	26
6.2 Estética	32
6.3 Moda	76
6.4 Joyas	32
6.5 Accesorios	13
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	62
9.2 Licor	31
10 Otros	51

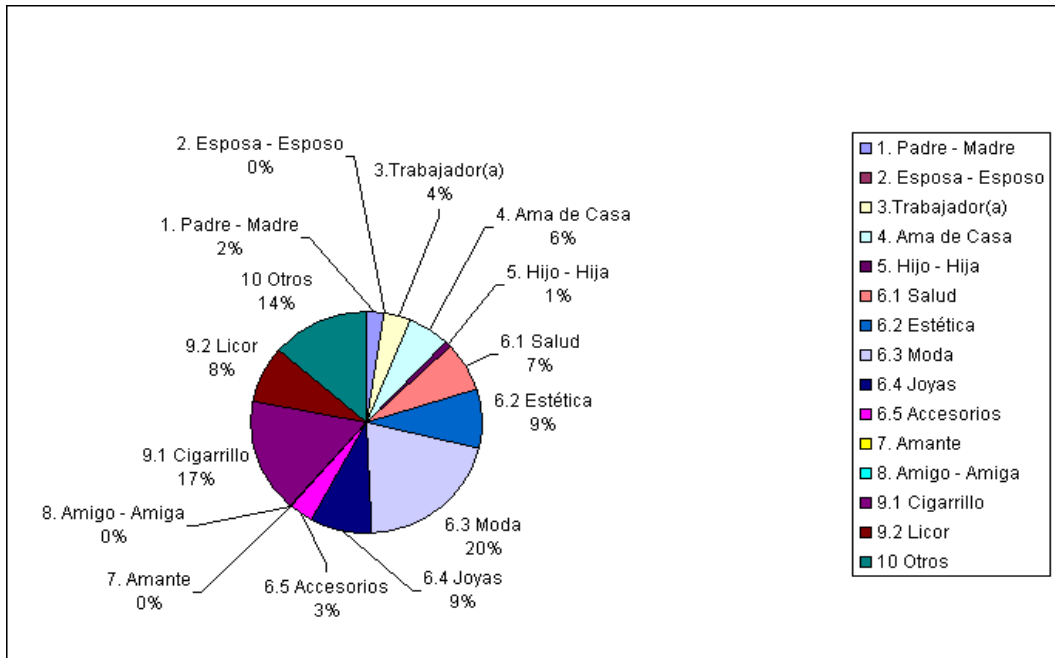
Revista *Labores*

Orientado a	Labores 1928
1. Padre - Madre	
2. Esposa - Esposo	
3. Trabajador(a)	
4. Ama de Casa	
5. Hijo - Hija	
6.1 Salud	5
6.2 Estética	17
6.3 Moda	
6.4 Joyas	
6.5 Accesorios	64
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	33
9.2 Licor	
10 Otros	4

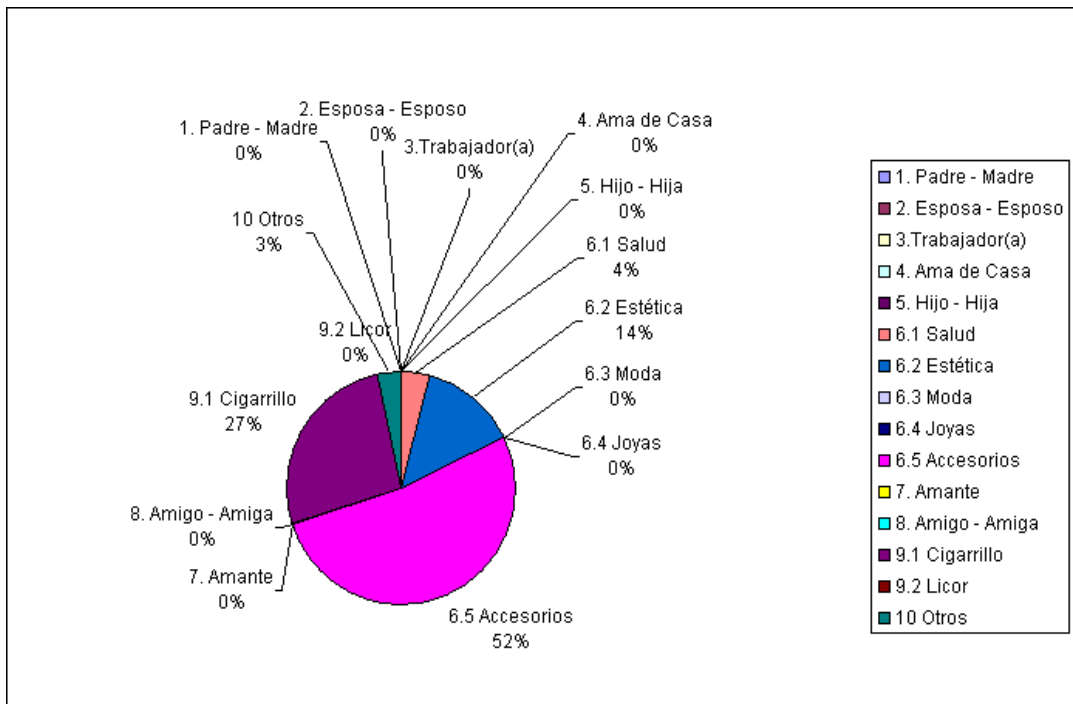
Tendencia General: *Labores y Tierra Nativa*

Orientado a	Cantidad
1. Padre - Madre	9
2. Esposa - Esposo	
3. Trabajador(a)	15
4. Ama de Casa	21
5. Hijo - Hija	4
6.1 Salud	31
6.2 Estética	49
6.3 Moda	108
6.4 Joyas	32
6.5 Accesorios	45
7. Amante	
8. Amigo - Amiga	
9.1 Cigarrillo	95
9.2 Licor	31
10. Otros	55

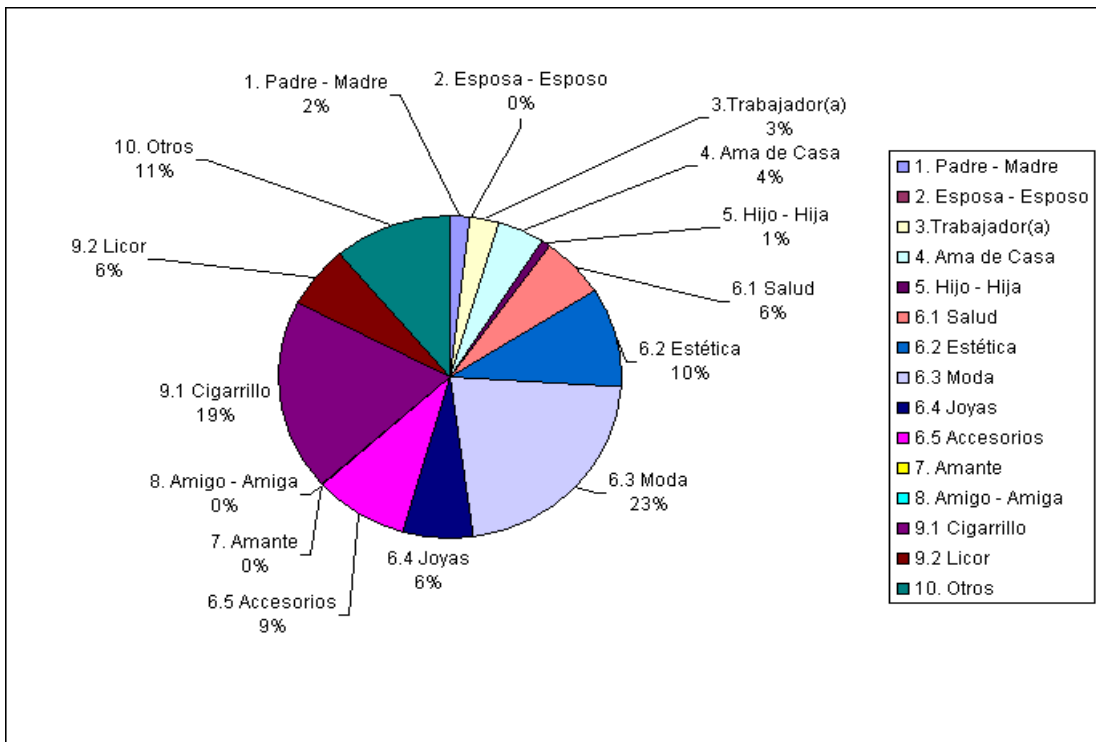
Revista *Tierra Nativa*: Objetos de Publicidad Orientados de Acuerdo a su Función



Revista *Labores*: Objetos de Publicidad Orientados de Acuerdo a su Función



Tendencia General: Objetos de Publicidad Orientados de Acuerdo a su Función



Conclusiones

Las tres revistas analizadas beben de la tradición católica para configurar los modelos paradigmáticos de hombre y mujer que se consideraban más útiles a la sociedad colombiana en las primeras décadas del siglo XX. Hemos identificado ese periodo como una época de transición entre la preponderancia de lo urbano sobre lo rural, donde la irrupción de la clase obrera y el desarrollo de los procesos de modernización comienzan a desafiar el ordenamiento social tradicional. Como reacción contra ese desafío, a través de la prensa se diseñó y proyectó un modelo paradigmático de mujer y de hombre que respondía a las necesidades de las elites constructoras del Estado-nación: modernizar el país sin que la modernidad supusiera una ruptura del orden social jerárquico, clasista y machista.

El espacio propio para la mujer era el hogar, estándole vedado el acceso a lo público excepto si era para realizar tareas que ayudaran a sostener la familia y propias de su

naturaleza como el cuidado de enfermos y obras caritativas. Sus funciones primordiales eran las de madre y esposa, subordinando su individualidad para ponerla a disposición de los varones de su familia. Su principal labor social era la educación de los hijos como buenos patriotas bajo los dictados del nacionalcatolicismo. Al hombre le estaba reservado cuasi en exclusiva el espacio público, donde no sólo debía ejercer el poder, sino también mostrar y demostrar las tres cualidades básicas de su *naturaleza*: ser un buen protector, proveedor y reproductor. El análisis de la publicidad que contienen las revistas ha puesto de relieve no sólo éste ordenamiento discriminatorio, misógino y ultraconservador, sino que enriquece la reflexión sobre la construcción de los roles de género al incorporar un nuevo campo de indagación: ¿qué debía consumir una mujer y un hombre, y por qué?, ¿cuáles eran las imágenes y técnicas que se utilizaron para lograrlo?, ¿qué valores culturales y morales se proyectaban en esos anuncios? El resultado más obvio es que apenas hubo variaciones en el paradigma femenino y masculino que se proyectaba como ideal para la sociedad colombiana. La modernización del país amplió los espacios donde las *mujeres de bien, piadosas y pudorosas*, podían desempeñar sus funciones tradicionales siempre y cuando no olvidaran su hábitat natural así como sus cometidos: el hogar, la crianza de los hijos y la atención del esposo.

Bibliografía

- Cifuentes Traslaviña, M. T. y Florián Navas, A. (2004). El catolicismo social: entre el integralismo y la teología de la liberación. En A. M. Bidegain. (Ed.), *Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*. Bogotá: Taurus.
- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República.
- Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.

- Reyes Cárdenas, C. (1996). Al traspasar los muros de la casa: aspectos de la vida femenina en Medellín, 1900-1930. *Boletín Cultural Y Bibliográfico*, 31(37).
- Reyes Cárdenas, C. (Ed.). (2002). La condición femenina y la prostitución en Medellín durante la primera mitad del siglo XX. En *Placer, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia* (pp. 218-219). Bogotá: Aguilar.
- Rosanvallon, P. (2003). *Por una historia conceptual de los político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vos Obeso, R. (2002). La prostitución en Barranquilla. En C. Reyes Cárdenas. (Ed.), *Placer, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar.